Fundación **MAPFRE**

Unidad Nacional de Seguridad Vial

La Banda de las Ruedas Locas

Carlo Frabetti

Ilustraciones de Patricia Metola

La Banda de las Ruedas Locas Carlo Frabetti

Fundación **MAPFRE**

Índice

El desafío 7

La carrera 29

El robo 41

Epílogo 59

La Banda de las Ruedas Locas

CARLO FRABETTI nació en Italia y reside en España. Escribe en castellano desde hace décadas. Es curioso, observador y tiene una enorme capacidad para enlazar mundos aparentemente inconexos: conjuga la formación matemática con su pasión por los cuentos clásicos, el humor con el rigor narrativo, complejas novelas para adultos con exitosas series infantiles y con la creación de guiones para programas televisivos tan emblemáticos como «La bola de cristal».

La Campaña Escolar es una iniciativa de Fundación MAPFRE para fomentar la educación vial en las aulas.

Dirección de proyecto: Fundación MAPFRE
Coordinación: Fundación MAPFRE
Edición y diseño didáctico: Mr. Garamond
Diseño y maquetación original: David Sueiro y Elena Fernández

© Del texto: Carlo Frabetti
© De las ilustraciones: Patricia Metola
© De esta edición especial 2021: Fundación MAPFRE y UNIDAD NACIONAL DE SEGURIDAD VIAL. UNASEV. República Oriental del Uruguay. Convenio de Colaboración interinstitucional.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

Presidente
Dr. Luis Lacalle Pou

Secretario
Dr. Álvaro Delgado

Director General
Sr. Hebert Paguas

UNIDAD NACIONAL DE SEGURIDAD VIAL
Presidente
Esc. Alejandro Draper

Director
Sr. Carlos Manzor

Director
Sr. Mauricio Viera

Secretario
Sr. Jorge Alfaro

Asesoría para readecuación de textos y dibujos al contexto uruguayo: ÁREA DE EDUCACIÓN VIAL Y CAPACITACIÓN DE UNASEV. Lic. Lauro Paulette.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

I.S.B.N.: 978-84-9844-314-1
Depósito legal: M-40442-2011

LA BANDA DE LAS RUEDAS LOCAS

Carlo Frabetti

Ilustraciones de Patricia Metola

Fundación **MAPFRE**

UNASEV

Unidad Nacional de **Seguridad Vial**

El desafío

Pablo era un artista de los patines, Luis no tenía rival con el *skateboard* y Gabi era el rey del BMX en su modalidad callejera. Entre los tres sumaban treinta y dos años (diez, once y once) y catorce ruedas: las dos de la bici de Gabi, las cuatro de la tabla de Luis y las ocho de los patines de Pablo. Y juntos formaban la terrible Banda de las Ruedas Locas.

Gabi, Luis y Pablo solían reunirse en una de esas plazas en las que el cemento

y los bancos de piedra sin respaldo (para que la gente no esté cómoda y se vaya pronto) han sustituido a la tierra y los árboles, y allí realizaban sus piruetas para asombro de propios y extraños. Los propios eran sus compañeros y compañeras de colegio, que a menudo acudían a verlos practicar. Y los extraños eran los transeúntes que pasaban por la plaza y a menudo se detenían a contemplar el espectáculo.

Pero un día, mientras los tres amigos estaban sentados en un banco planeando nuevos trucos y maniobras, se les acercó alguien que no pertenecía ni a los propios ni a los extraños. Era una

niña de unos once años que no iba a su colegio, por lo que no era una propia, pero a la que conocían de vista, por lo que tampoco era del todo una extraña.

—Hola, soy Mar —los saludó alegremente la niña—, y quiero unirme a vuestra banda.

Los tres amigos se miraron con expresión incrédula, y al cabo de unos segundos Gabi, que era el que tenía más labia, dijo con tono irónico:

—Nos haces un gran honor, pero hay un pequeño inconveniente. Es una banda de chicos. *Solo* de chicos.

—Bien —dijo Mar asintiendo con la cabeza.

Al ver que no se iba, Gabi añadió al cabo de unos segundos:

—Puedes retirarte, la audiencia ha terminado.

Sus dos amigos se rieron a carcajadas, pero Mar no se inmutó.

—Pues si la audiencia ha terminado —dijo tranquilamente—, ¿por qué no empezamos a practicar?

—So-lo chi-cos —intervino Luis—. ¿Cuál de las dos palabras no entiendes?

—Lo dices como si fueran cuatro palabras —replicó Mar—. ¿Y qué te hace suponer que no soy un chico?

—¿Nos tomas el pelo? —exclamó Pablo—. ¡Es evidente que eres una chica!

—¿Ah, sí? ¿Lo dices por mis curvas? —preguntó Mar desafiante.

La niña era tan plana como ellos. Pablo se sonrojó y dijo:

—Te llamas Mar, ¿no?

—Sí, y es un nombre que puede ser masculino o femenino —contestó Mar—. Por eso se puede decir «el mar» o «la mar».

—Eso no es cierto —replicó Pablo.

—Me temo que es verdad —intervino Gabi, a quien le iba muy bien en idioma español.

—En cualquier caso, tendrás que demostrar que eres tan capaz como un chico —dijo Luis.

—Bien —aceptó Mar—. En cuanto lo demuestren ustedes, yo también.

Se produjo un silencio embarazoso. Al cabo de unos segundos, Pablo, que era bastante bueno en matemáticas, dijo:

—Da igual. Hay otra razón de peso por la que no puedes entrar en la banda. Una razón matemática.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es esa razón matemática de tanto peso? —preguntó Mar con tono burlón.

—Gabi va sobre dos ruedas, Luis sobre cuatro y yo sobre ocho —contestó Pablo—. Formamos una serie muy armoniosa y no podemos romperla.

—Me parece muy bien —dijo Mar—.

Yo voy sobre seis ruedas, así que formaremos una serie aún más armoniosa: 2, 4, 6, 8; la serie de los números pares.

—¡No puedes ir sobre seis ruedas! —exclamó Luis.

—Claro que puedo —replicó Mar—. Para que te enteres, lo mío son los patines en línea.

—Pero los patines en línea tienen cuatro ruedas cada uno, igual que los otros —objetó Gabi.

—Los míos no —dijo Mar con una sonrisa traviesa, y sacó de su mochila sus patines.

Eran de un tipo poco común, que los

tres amigos nunca habían visto. Y tenían tres ruedas cada uno.

—Hay una última razón por la que no puedes unirte a nuestra banda —dijo Pablo tras una pausa—. Para que te aceptáramos, tendrías que ser tan buena como nosotros.

—¡Vaya! —exclamó Mar con expresión contrariada—, ese requisito no lo cumplo.

—¿Reconoces que no estás a nuestra altura? —dijo Luis con aire de superioridad.

—Lo reconozco —contestó Mar—. No estoy a vuestra altura... porque estoy por encima de ustedes.

Los tres amigos se miraron perplejos. Desde luego, a aquella chica no le faltaba valor.

—Eso habría que verlo —dijo Pablo, que, por ser el patinador del grupo, era el que se sentía más aludido.

—Pues vamos a verlo ahora mismo —propuso Mar, y empezó a ponerse los patines.

—De acuerdo —aceptó Pablo con un leve encogimiento de hombros—. Si tantas ganas tienes de hacer el ridículo...

—Un momento, un momento —intervino Gabi—. No tenemos por qué hacer caso al primero que...

—¿Que qué? —lo interrumpió Mar desafiante.

—Que, que...

A Gabi no se le ocurría nada, y Mar ya estaba de pie con los patines puestos.

—¿Una carrera de obstáculos? —sugirió Pablo.

—Me encanta superar obstáculos como ustedes —contestó Mar.

—Se dice «como a ustedes» —corrigió Gabi.

—Se dice «como ustedes» porque ustedes son los obstáculos —replicó Mar—. ¿Cuáles son las reglas para la carrera?

—Empiezas mal, muñeca —dijo Luis—. Si quieres entrar en la Banda de las Ruedas Locas, deberías saber que solo tenemos una regla.

—¿Ah, sí? ¿Y qué regla es esa? —preguntó Mar sin inmutarse.

—Que no hay reglas —contestó Luis con una sonrisa burlona.

—O sea, que podemos empujar a los ancianos y derribar los cochecitos de los bebés... —dijo Mar con tono desenfadado.

—¡No seas mala! —exclamó Gabi—. No somos salvajes.

—Pues entonces no digan que no hay reglas —replicó Mar.

—Bueno, seguimos las reglas... razonables —dijo Pablo.

—Y las demás nos las saltamos —añadió Luis.

—¿Y quién decide cuáles son las reglas razonables? —preguntó Mar.

—Nosotros, ¿quién si no? —contestó Gabi.

—Bien, entonces diganme cuáles son las reglas razonables en una carrera de patinadores —pidió Mar.

—Las irás viendo sobre la marcha —dijo Pablo, al ver que sus amigos no sabían qué contestar. Y él tampoco.

—Bien, bien —aceptó Mar sacándose

una baraja del bolsillo—. Vamos a ver quién elije terreno.

—¿Qué es eso? —preguntó Luis al darse cuenta de que no eran cartas normales.

—¿Nunca has visto una baraja de señales? —se sorprendió Mar.

—¿Una qué...? Sí, claro —contestó Luis.

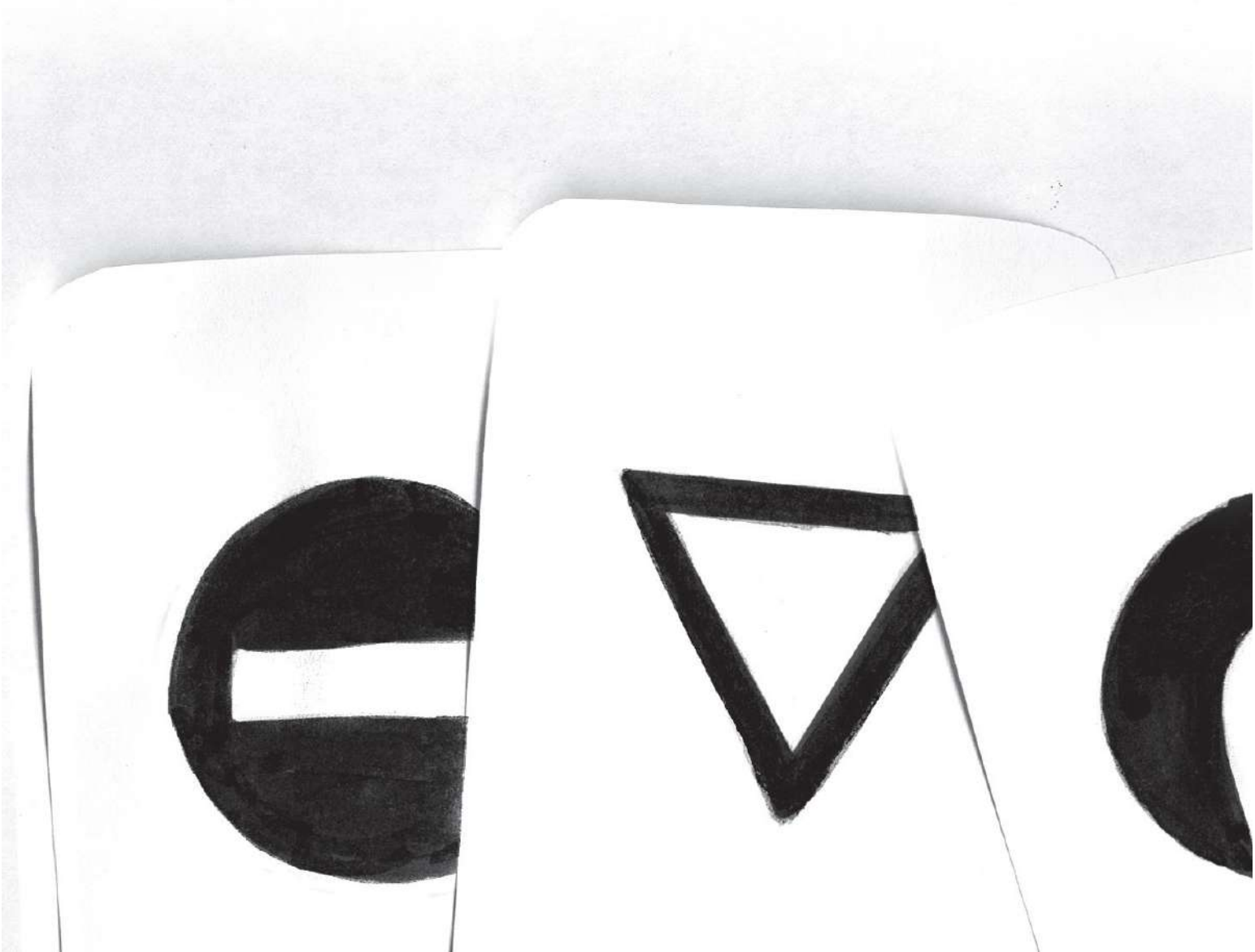
—Pues baraja y ve poniendo las cartas una a una sobre el banco. Cada vez habla uno de nosotros dos en primer lugar —dijo Mar señalando a Pablo— y dice el nombre de la señal; el otro puede estar de acuerdo o no; por cada acierto, un punto. El que saque una

ventaja de dos puntos, gana y elige el terreno, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Pablo.

—Tú empiezas —dijo Mar.

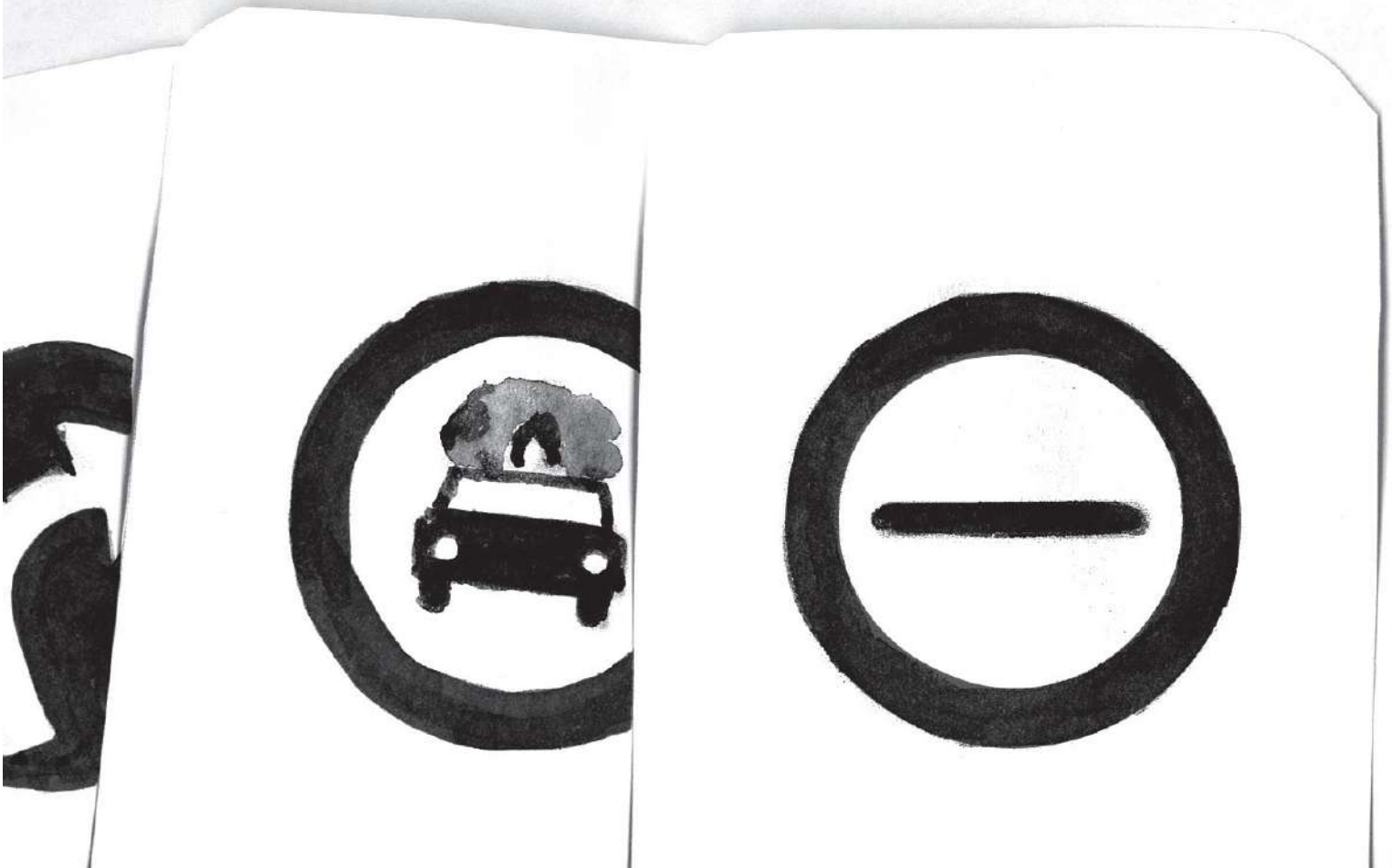
Mientras barajaba, Luis se dio cuenta de que eran unas cartas muy interesantes: en el anverso de cada una había una



señal de tráfico y en el reverso venía la explicación. Tras barajar unos segundos, puso sobre el banco de piedra la primera señal: un círculo rojo con una raya blanca horizontal en medio.

—Contramano —dijo Pablo.

—Contramano —repitió Mar.



La segunda carta era un triángulo equilátero invertido de lados rojos, con el interior blanco y una leyenda que no se llegaba a entender del todo.

—Ceda el paso —dijo Mar.

—Ceda el paso —repitió Pablo.

La tercera señal era un círculo rojo con el fondo blanco y una flecha negra con la punta hacia la derecha.

—Sentido obligatorio a la derecha —dijo Pablo.

—Sentido obligatorio a la derecha —repitió Mar.

La cosa siguió en empate hasta que apareció un círculo rojo con dos coches en negro dentro, y una raya roja en diagonal que los separaba.

—¿Prohibido hablarse entre conductores de vehículos?

—dijo Pablo vacilante.

—¡Cómo van a prohibir algo que todo el mundo sabe no debe hacerse! Es ilógico. —exclamó Mar.

—A ver, "chica super" ¿qué señal es ésa?

—preguntó Luis, que había visto la respuesta en el reverso.

—Prohibido el adelantamiento a otro vehículo —contestó Mar con aplomo. Pablo aguantó un poco más, pero se estrelló contra un octógono rojo cuyo interior había una palabra de 4 letras que se podía distinguir.

—Ni idea —admitió.

—Prohibido pasar sin detenerse —dijo Mar con una sonrisa triunfal.

—Correcto. Has ganado —anunció Luis a regañadientes—. Te corresponde elegir el campo de batalla.

—La carrera será en el parque, al lado de la estatua —dijo Mar sin dejar de sonreír.

La carrera

La estatua no quedaba muy lejos de la plaza en la que solía reunirse la Banda de las Ruedas Locas.

Los tres amigos se trasladaron al lugar del desafío haciendo el «tren»: Gabi iba delante en su bicicleta, Luis lo seguía sentado o en cuclillas sobre su tabla y agarrado al sillín de la bici, y Pablo cerraba la marcha agarrado de la visera de la gorra de Luis. Eso no significaba que solo se esforzara Gabi: a veces Luis im-

pulsaba su tabla con el pie, con lo que empujaba a Gabi y tiraba de Pablo, y otras veces era este el que patinaba y empujaba a sus dos compañeros. Como ellos decían, su «tren» tenía tracción en los tres vagones.

Llegaron a la estatua antes que Mar, que tardó varios minutos en reunirse con ellos.

—Eres más lenta que una tortuga —se burló Gabi.

—Porque no hago trampas —replicó Mar.

—¿Trampas? ¿Qué quieres decir? —preguntó Pablo desconcertado.

———Sea en bicicleta, o patinando,

tenemos que seguir las mismas reglas que cualquier usuario del tránsito: ir por la derecha a una velocidad razonable, cruzar por los semáforos, respetar los peatones... ¡Y encima van haciendo el tren, poniendo en peligro su seguridad y la de los demás! En vez de la Banda de las Ruedas Locas, deberían llamarse la Banda de las Ruedas Bobas

—Alguien tan razonable como tú no debería unirse a nosotros —dijo Luis con un gesto teatral de resignación—. No te merecemos.

—De eso puedes estar seguro —res-

pondió Mar—. Voy a ganar esta carrera para obligarlos a admitirme en la banda, y luego me saldré.

—Basta de charla —intervino Gabi—. Tenés que ir hasta la puerta de salida, pisar la acera de la calle y volver. El que llegue antes gana.

De la pequeña plaza presidida por la estatua salía, cuesta abajo, una ancha vía asfaltada por la que antaño circulaban los coches. En aquel momento, un buen número de peatones y unos cuantos patinadores la recorrían en ambas direcciones.

—Mejor por la otra vía —propuso Mar señalando el antiguo paseo de co-

ches que cruzaba el parque de norte a sur—. Hay menos gente.

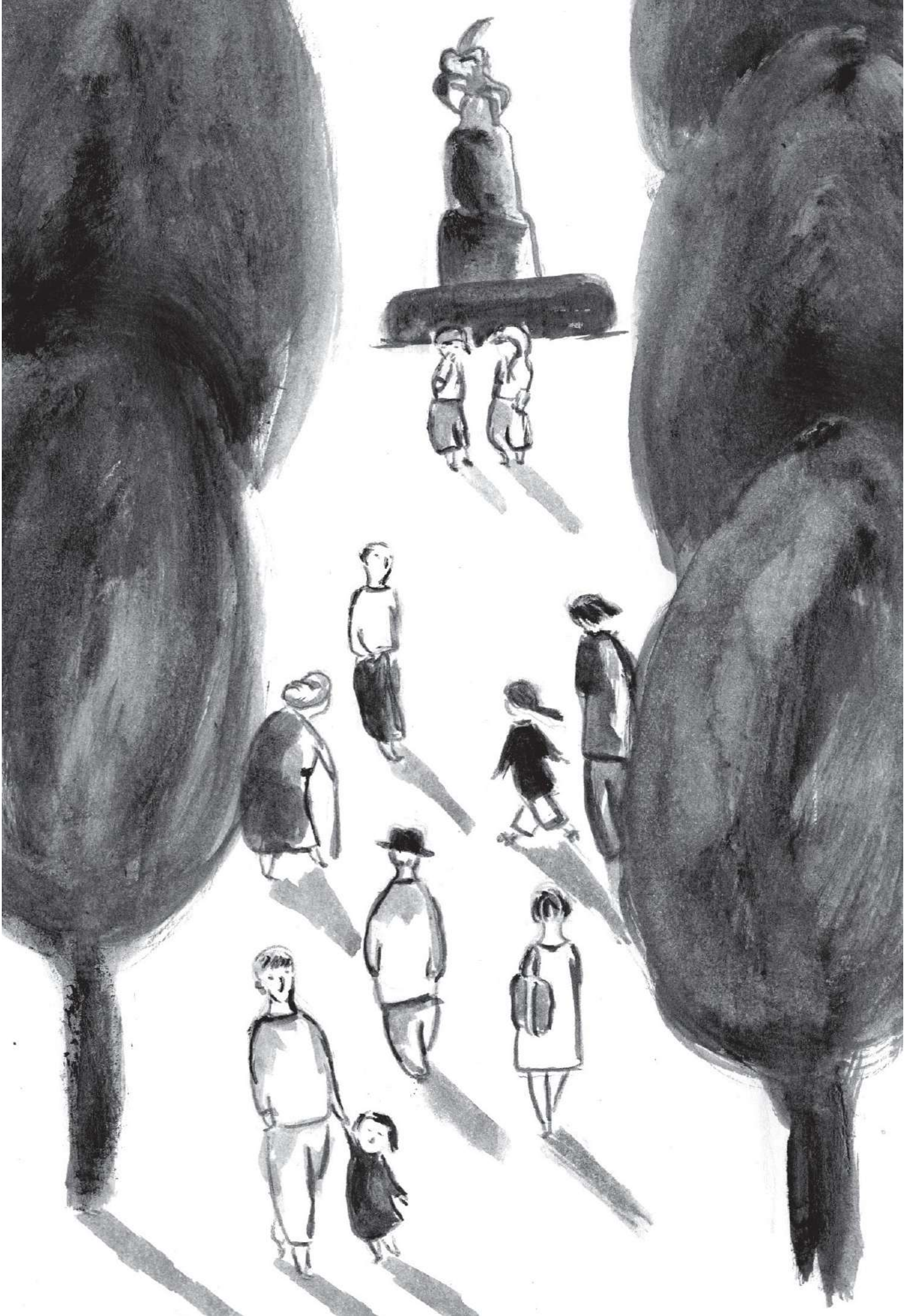
—Por eso mismo —replicó Luis—. Habíamos dicho que iba a ser una carrera de obstáculos.

—Y ellos son los obstáculos —añadió Gabi señalando a los peatones con un amplio gesto.

—¡Preparados, listos, ya! —gritó Luis sin previo aviso.

Pablo salió disparado como una bala. Mar tardó un segundo más en reaccionar, pero no se quedó atrás.

A la ida, cuesta abajo, ambos patinadores alcanzaron rápidamente una velocidad considerable. Al principio,



Pablo fue bastante prudente; pero al ver que Mar lo alcanzaba se puso nervioso y pareció aferrarse a la idea de que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta. Una pareja que iba tomada de la mano tuvo que soltarse para que Pablo pudiera pasar entre ellos, y a punto estuvo de derribar a una anciana que no se apartó con la suficiente rapidez.

Aun así, llegaron a la reja de salida casi a la vez; pero cuesta arriba iban más despacio y a los paseantes les daba tiempo a quitarse de en medio, con lo que Pablo, que los obligaba a apartarse sin el menor escrúpulo, llegó unos segundos antes a la meta.

—¡Una carrera de obstáculos consiste en sortearlos —protestó Mar—, no en comérselos!

—No me he comido a ningún peatón —replicó Pablo con una sonrisa—. Soy vegetariano.

—Está bien, renuncio —dijo Mar tras una pausa—. Tenían razón, no estoy a su altura... en trampas y tretas.

Y se fue patinando velozmente por el antiguo paseo de coches.

—Hay que reconocer que es buena —admitió Pablo mirando cómo se alejaba Mar balanceando elegantemente los brazos—. Me habría podido ganar si...

—Si no fuera tan respetuosa —añadió Luis—. Pero sí, hay que reconocer que es buena.

El robo

Ya que estaban allí, los tres amigos decidieron quedarse a practicar tranquilamente por los alrededores de la estatua.

Pero mientras Luis ensayaba un difícil *grind* sobre el bordillo que separaba la calzada de la tierra batida, ocurrió algo que acabó bruscamente con su recién recobrada tranquilidad.

Un par de fornidos muchachos de unos quince años, con patines en línea, se abalanzaron sobre una anciana

(la misma a la que Pablo había estado a punto de derribar unos minutos antes), y mientras uno la sujetaba, el otro le arrebataba el bolso, ante la atónita mirada de los transeúntes. Acto seguido, los ladrones se dieron a la fuga a toda velocidad.

Pablo, que era el que estaba más cerca, fue tras ellos sin pensárselo dos veces, y sus amigos lo siguieron en el acto.

Los ladrones recorrieron todo el paseo de coches hasta la puerta de salida del parque y luego siguieron patinando por la acera, bordeando el parque.

Estaban llegando a una de las puertas cuando Pablo alcanzó al más rezagado

de los patinadores, que era el que llevaba el bolso robado, y se lo arrebató desde atrás.

El ladrón se dio la vuelta rápidamente y alcanzó a agarrar a Pablo del brazo; pero este le lanzó el bolso a Luis, que lo seguía a un par de metros en su *skate*, y se inició la persecución al revés.

Pablo consiguió obstaculizar durante unos segundos a los ladrones; pero eran mucho más fuertes que él y lo derribaron de un violento empujón.

Con un espectacular giro, Gabi les cortó el paso con su bicicleta, aunque también acabó en el suelo, y gracias a

eso Luis consiguió cierta ventaja y logró entrar de nuevo en el parque por la misma puerta por la que habían salido.

Pero los patinadores eran muy rápidos y expertos. Mientras bordeaban el estanque, uno de ellos adelantó a Luis y le cerró el paso, y el otro lo agarró por detrás. No solo le quitaron el bolso, sino que además le tiraron el *skate* al agua.

—Para que aprendas a no meterte donde no te llaman, enano —dijo uno de los ladrones dándole una patada, y los dos se marcharon a toda velocidad.

Consternado, Luis vio cómo se hundía su preciada tabla en las tranquilas aguas del estanque.

A los pocos minutos se reunieron con él sus dos amigos. Gabi empujaba trabajosamente la bicicleta y Pablo, con los patines en la mano, caminaba cojeando.

—Se me ha salido la cadena —dijo Gabi con un gesto de resignación.

—Y a mí se me ha torcido un tobillo —se quejó Pablo.

—Pues yo me he quedado sin tabla —se lamentó Luis—. Esos delincuentes me la han tirado al agua.

—Bueno, estabas ahorrando para com-

prarte una nueva, ¿no? —intentó consolarlo Gabi.

—Sí, pero al ritmo que voy me da tiempo a pedírsela a los Reyes... —dijo Luis con un gesto de desesperación—. Por cierto, creo que el más alto era ese al que llaman Atila. Es famoso por sus tirones.

—¡Tienes razón! —exclamó Gabi—. ¡Era Atila! Ya decía yo que me sonaba su cara... Podemos poner una denuncia.

—Sí, claro... —replicó Luis encogiéndose de hombros.

—Bueno, igual la señora recupera su bolso... Y a lo mejor hasta tienen que

indemnizarte por la tabla y te puedes comprar una nueva —opinó Pablo, que era el más optimista de los tres.

Cansinamente, la maltrecha Banda de las Ruedas Locas caminó de regreso hacia la plaza.

Al llegar al lugar de los hechos, vieron a la anciana a la que le habían robado el bolso sentada en un banco, llorando desconsoladamente; un señor le ofrecía un pañuelo y una señora la animaba a beber de una botella de agua.

—Beba un poco —le decía—, que está usted muy acalorada.

—¡Lo que estoy es desesperada!

—lloraba la anciana—. Acababa de cobrar la pensión, y precisamente volvía a mi casa por el parque porque a esta hora hay mucha gente y aquí me sentía más segura... ¿De qué voy a vivir este mes?

Los tres amigos se miraron consternados. Se acercaron tímidamente para decirle a la anciana que habían intentado recuperar su bolso y que creían haber reconocido a uno de los ladrones, pero a los tres les daba miedo hablar.

—Señora... —empezó a decir por fin Pablo.

La anciana lo miró con ojos llorosos,

y de pronto su expresión pasó de la pena a la furia.

—¡Tú fuiste el primero en intentarlo! —gritó señalando a Pablo con el dedo—. ¡Te lanzaste sobre mí mientras subía la cuesta!

Los gritos de la anciana atrajeron a algunas personas, y pronto se amontonaron alrededor del banco.

—Oiga, señora, no se confunda, que mi amigo Pablo ha intentado ayudarla —intervino Gabi.

—Los tres hemos intentado ayudarla —añadió Luis—. Hemos perseguido a los...

Pero no pudo terminar la frase. Un

señor de mediana edad que acababa de incorporarse al tumulto, muy repeinado y elegantemente vestido, exclamó:

—¡Yo los he visto con los ladrones a la altura del estanque! ¡Son cómplices!

—Nos ha visto con los ladrones porque íbamos tras ellos —replicó Pablo indignado, pero se había levantado un murmullo que casi no dejó oír sus palabras.

—¡Y a mi amigo le han pegado y le han tirado la tabla al agua! —añadió Gabi, pero tampoco lo oyeron.

—Que no escapen estos niños —dijo el hombre elegantemente vestido—. Hay que llamar a la policía. Soy aboga-

do y me voy a encargar de que no se salgan con la suya.

—Qué barbaridad, los delincuentes son cada vez más jóvenes —comentó una señora meneando la cabeza.

—No tendrán más de once años —dijo otra—. A saber lo que harán de mayores. Quien mal empieza...

Los tres amigos se miraron en silencio. En otras circunstancias, se habrían dado a la fuga; pero Pablo tenía un tobillo torcido y la bicicleta de Gabi estaba inutilizada. De modo que...

—Que no cunda el pánico —dijo de pronto una voz ligeramente chillona.

Todos se volvieron y vieron a una niña con patines en línea que llevaba un bolso en la mano.

—¡Mi bolso! —exclamó la anciana.

Cogió con manos temblorosas el bolso que Mar le tendía y lo abrió.

—¡Está todo el dinero! —gritó con júbilo.

Las exclamaciones de alegría y las felicitaciones se convirtieron en un animado jolgorio.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó a Mar el hombre que había dicho que era abogado.

—Mis compañeros marearon a los ladrones, y eso me permitió recuperar

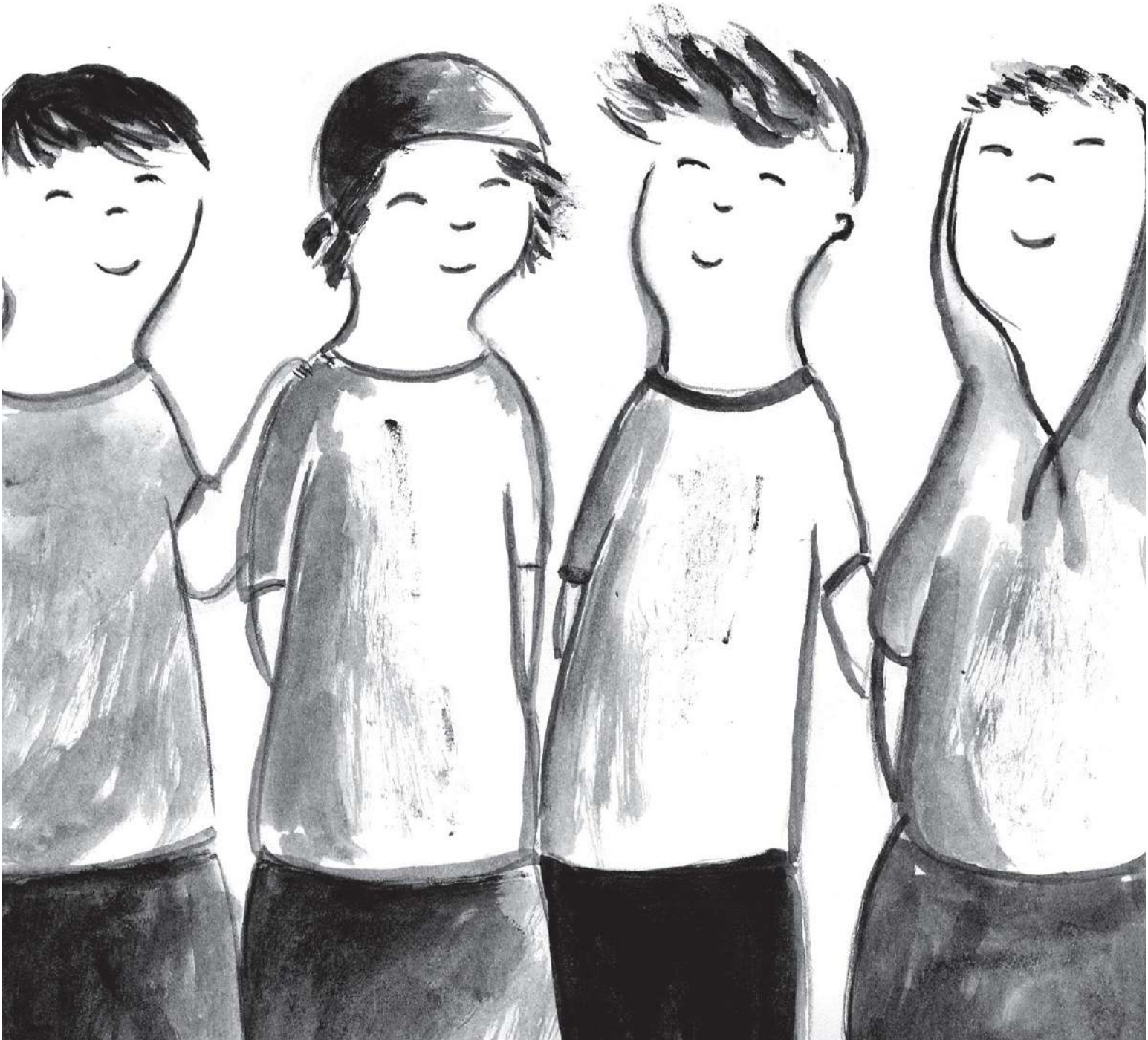
el bolso cuando creían que ya estaban a salvo —contestó Mar señalando a los tres amigos, que no salían de su asombro.

—Vaya, chicos, les debo una disculpa —dijo el hombre mirando a Luis—. He oído que esos ladrones te han tirado la tabla al agua; te ruego que aceptes esto a modo de compensación por mi desconfianza y mis acusaciones infundadas.

Y antes de que Luis se diera cuenta de lo que pasaba, el hombre le puso en la mano un billete de cincuenta euros y se marchó apresuradamente en dirección al estanque.

—Ya no tendrás que esperar hasta Reyes para tener una tabla nueva —dijo Gabi en voz baja.

—Y todo gracias a Mar —añadió Pablo.



Epílogo

La anciana se había ido junto con un par de señoras que se habían ofrecido a acompañarla hasta casa, y la gente se fue dispersando poco a poco. Al cabo de unos minutos, Mar, Gabi, Luis y Pablo se quedaron solos en el banco.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Pablo tras una pausa.

—Tal como he dicho —contestó Mar tranquilamente—. Los he seguido de lejos mientras los mareaban, y cuando ese

par de bobos creían que ya no tenían nada que temer, tomé carrera, me acerqué a ellos por detrás y les quité el bolso. Así de fácil.

—Es lo mismo que he hecho yo —comentó Pablo.

—Sí, pero tú eres más lento que una tortuga —rio Mar— , y por eso te han agarrado. Además, yo los he agarrado cansados, gracias a ustedes. En realidad, ha sido un trabajo en equipo, aunque hasta ahora no se hayan enterado.

—Creo que te has ganado el derecho a formar parte de la Banda de las Ruedas Locas —dijo Gabi tras unos segundos.

—Desde luego —convino Luis.

—Por supuesto —añadió Pablo—. Sería un honor que te unieras a nosotros.

—¿Aunque sea una chica? —preguntó Mar con una pícara sonrisa.

Fundación **MAPFRE**

www.circulando.es
www.fundacionmapfre.org

UNASEV

Unidad Nacional
de **Seguridad Vial**

www.gub.uy/unidad-nacional-seguridad-vial/

Pablo era un artista de los patines, Luis no tenía rival con el skateboard y Gabi era el rey del BMX en su modalidad callejera. Entre los tres sumaban treinta y dos años (diez, once y once) y catorce ruedas: las dos de la bici de Gabi, las cuatro de la tabla de Luis y las ocho de los patines de Pablo. Y juntos formaban la terrible Banda de las Ruedas Locas.

Gabi, Luis y Pablo solían reunirse en una de esas plazas en las que el cemento y los bancos de piedra sin respaldo (para que la gente no esté cómoda y se vaya pronto) han sustituido a la tierra y los árboles, y allí realizaban sus piruetas para asombro de propios y extraños. Pero un día, mientras los tres amigos estaban sentados en un banco planeando nuevos trucos y maniobras, se les acercó alguien que no pertenecía ni a los propios ni a los extraños…

de 9 a 11 años

9 788498 443141